

La perdigonada del cazador

UNA vez más la Confederación Nacional de Ex Combatientes ha cerrado filas. No sé qué diablos sucede, pero esta gente se pasa toda la vida cerrando filas y revistándose las fuerzas, sobando la culata de nácar, con el músculo tenso y las piernas separadas en mitad de la plaza polvorienta del poblado esperando al enemigo. Para los ex combatientes, el enemigo puede estar en todas partes: puede ser el pianista del saloon, el cantante del tingladillo, el forastero que ha llegado en la última diligencia al hotel, el periodista canallesco con visera de cretona, el encargado del ferrocarril, el misterioso personaje de chaleco floreado y veguero humeante que juega al póker en la cantina, el ayudante de sheriff, incluso el mismo sheriff que no pone el celo debido en detener a los cuatrerros. Estos ex combatientes sureños están nerviosos por todo: cuando hay silencio en el poblado se imaginan amenazados por cañones de rifle que asoman por ventanucos entreabiertos; cuando de pronto hay griterío de alborozo en el vecindario, creen que ha llegado el chico y se preparan.

La Confederación Nacional de Ex Combatientes ya cerró filas una vez contra el llamado espíritu del 12 de



febrero. Le tendieron una emboscada en el cañón del hemicíclo y le arreararon cuatro escopetazos, de los cuales, por fortuna, uno solo era de muerte. Desde entonces le viene a Carlos Arias la cara de preocupación. Por valles y colinas se extendió el rumor de que el sheriff estaba secuestrado; de noche se oía el ulular de coyotes y la vecindad estremecida llegó a pensar si no le habrían abandonado en cualquier barranca atado a un olmo viejo a merced de un anillo de rapaces bajo el cielo añil. Pero estos últimos días ha habido otro griterío de júbilo en el poblado y todo parecía presagiar que se estaba acercando el chico, rodeado por la junta, que por el alcor de los maizales también llegaba la plataforma y los ex combatientes, acariciando la culata de nácar, han cerrado filas una vez más. Y ahora se ha visto que no, que Carlos Arias no estaba secuestrado, porque ha aparecido entre ellos, más en forma que nunca, soltando amenazas contra la canallesca y contra el famoso enemigo que nunca duerme, cerrando la espita del gota a gota de la libertad, cegando la esperanza de amnistía y poniéndonos otra vez a todos en posición de firmes. ■ V.

